

# VINT-I-UNÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

## “Paraules d’Adriana”

### CATEGORIA GENERAL 2.021

**AUTORA: MARINA JIMÉNEZ RODRÍGUEZ**

#### COMO EL MAR, por Hervé Joncour

La muerte de mi abuela me decepcionó. Me explico: durante toda la vida, mi abuela Ana fue como el mar. Silenciosa, calmada. Una mujer que recorría los pasillos de su casa con la delicadeza con la que suele presentarse lo imbatible. Mi abuela Ana era una ola deshaciéndose en la orilla. Un movimiento suave y acompasado, pero firme, sin el que no existiría la playa. Una presencia serena que de alguna manera nos sostenía, nos explicaba, mientras ahuyentaba el caos con la misma fuerza con la que machacaba el ajo en su mortero. La muerte de mi abuela me decepcionó porque, como digo, estaba convencida de que era como el mar. Pero resultó que no.

Cuando el 16 de abril de 2020 falleció en la habitación de su residencia como consecuencia de una grave neumonía por COVID-19, el mundo, la vida y el mar prosiguieron su curso. La playa y nosotros seguimos existiendo. Los objetos continuaron en el mismo sitio y sentí ira al comprobar que todos nosotros atravesábamos la rutina con pasmosa normalidad y que el panadero repitió su ruta de cada día y los niños aprendieron en las aulas y hasta yo misma me desperté y me lavé la cara con el mismo gel para pieles mixtas y preparé la cafetera y sentí ira porque así, sencillamente, no era como yo había imaginado la muerte de mi abuela.

Un día la rabia dejó paso a la nostalgia y dejó de doler. Comprendí que el tiempo todo lo cura y pensé que crecer es eso, aceptar que los refranes son verdad. Esto reflexionaba, un año después de su muerte, mirando por la ventana de mi habitación, buscando unas musas que huían de mí como conducidas por demonios. También mi carrera literaria estaba siendo diferente a como la había imaginado. Últimamente la pandemia me había dejado sin voz, sin historias que contar. Ya no rescataba trozos inconexos de conversaciones, ni me enamoraba, ni me rompían el corazón. Me habían arrebatado la materia prima de las historias.

La inspiración me esquivaba aquella mañana mientras buscaba un tema, una frase, algo que pudiera presentar para aquella práctica de Escritura Creativa. Nos habían pedido que escribiéramos un relato. Solo tenía que escribir uno y ni siquiera uno muy bueno, ya que la idea era subirlos todos a una plataforma de forma anónima, como parte de una dinámica de valoración constructiva. Pero eso parecía dar igual. Miraba mi habitación y no encontraba nada que encendiera la bombilla y diera alas al papel. Consulté las portadas de los medios de aquel día buscando alguna anécdota, algún detalle del que tirar hasta llegar a una historia que valiese la pena.

— Ángela, ¿puedes acompañarme a casa de la abuela? Estamos organizando las cajas de sus cosas y le prometí a la tía Carmen que me encargaría de limpiar y de ordenar el saloncito del fondo.

— ¿Por qué no me has avisado antes y me hubiera organizado, mamá? Tengo que escribir un relato, estoy bastante agobiada y no me viene nada bien ahora.

— Venga, hija, hazlo por mí, te prometo que solo serán unas horas.

Como no sé negarme a un favor, por mucho que me queje y lo lleve a cabo con visible enfado, me monté en el coche y salimos hacia la casa que, para siempre, por muchas décadas que pasaran y por mucho que ya no saliera a recibirnos con ese vestido de flores transversal a las abuelas de todas las zonas de España, sería la casa de mi abuela Ana. De la lista completa de planes estimulantes para encontrar la inspiración para mi relato frustrado, ir a una casa antigua llena de trastos viejos y llenar cajas estaba en la última posición.

Mi madre y yo nos recogimos el pelo en el moño desenfadado de las limpiezas y nos sentamos en el suelo, mientras yo lamentaba que si hubiera podido acomodarme con la libreta en el banco de un parque o de una avenida llena de gente para entonces ya tendría el esbozo de alguna historia. En cambio, me encontraba ante un plan tan simple como aburrido: revisar el cajón con las múltiples pertenencias que aquella vivienda había acumulado durante décadas y generaciones.

Desde que murió mi abuela, había regresado muy pocas veces a aquella casa de blancas paredes. Ella no estaba, pero su olor sí. Me han dicho que puede tardar años en irse. La televisión apagada, el patio sin plantas y la cocina sin el aroma del guiso del día gritaban su ausencia, pero aquella era la casa de mi abuela y eso significaba mucho más que una construcción cerca de la costa. Las casas, cuando uno ha vivido tanto en ellas, se convierten en apéndices de la propia persona, extensiones de la propia presencia tan naturales como la forma de las rodillas o la gracia con la que se esconde un mechón tras la oreja.

Cuando comenzaba a aburrirme de decenas de postales de ciudades españolas, que parecían unas copiadas de otras, estampas de todos los santos que pueblan la corte celestial y folletos de

empresas que ya ni existirían o estarían en pleno proceso de ERTE, me encontré con una pequeña carpeta de cartón azul. La abrí y ante mis ojos apareció un recorte de periódico plastificado, muy antiguo, que era evidente que alguien se había empeñado en mantener en buen estado. En él se podía leer lo siguiente: *El jardín sin hojas, relato ganador del Certamen Nacional de Literatura.*

Seguí avanzando por el cuerpo de la noticia, donde se contaba la trama del relato en cuestión: un niño que se ve obligado a mudarse a una gran ciudad y, como consecuencia, siente una mezcla de nostalgia y desorientación. Algo me llamó entonces la atención: el nombre del autor o autora del relato había sido deliberadamente recortado. Alguien no quería que su identidad se conociera. Pero ¿quién?

Entre aquellas paredes había pasado su infancia mi abuela junto a sus seis hermanos, antes de ella, sus padres, después, sus siete hijos y, por último, el abundante puñado de todos los nietos, cuya fila encabezaba yo misma. No recordaba que ninguno de ellos, ni los que conocí, ni aquellos de los que solo escuché hablar, tuvieran vocación literaria. Estaba convencida de que yo lo sabría. Pero de alguien tenía que tratarse. Volví a introducir el recorte con cuidado en la carpeta y seguí inspeccionando el interior del cajón, ahora con interés redoblado. Si hay una noticia en la que se cuenta que el misterioso escritor se alzó con el galardón, por alguna parte debe estar también el relato, pensé.

Aquello había despertado mi curiosidad y eso ya era mucho más de lo que esperaba de aquella tarde que solo prometía papeles y libros llenos de polvo. Quise preguntar a mi madre si ella sabía algo de ese insospechado antecedente literario que acababa de descubrir en la familia,

pero comprobé que había salido al patio a fumar. Aquella pregunta podía esperar unos minutos. Mientras, seguiría con mi tarea, que ya hacía rato que había dejado de ser la de ordenar cajas.

Pasé al segundo cajón y encontré otra carpeta azul de cartón, esta de mayor tamaño, y debajo otra y otra más. Abrí la primera con curiosidad y me encontré con varios tacos de folios manuscritos y grapados, cada uno de ellos introducidos por un título diferente: *Lo que dijo el naranjo*, *Recuerdos de una tarde en el patio*, *Aquí ya no queda sitio*, *La chica a quien nunca sacaron a bailar...*

Eran relatos. Muchos y muy antiguos. Más de 30, calculé a ojo. La letra, marcada a lápiz, era pequeña, apretada, con trazos muy redondos y cuidados, con esa típica redondez con la que escriben los niños o adolescentes que aún no han olvidado la presión de las cartillas de caligrafía. Empecé a revisar el contenido. Una de las historias hablaba de una chica que narraba en primera persona la constante sensación de presencia de su gemelo en su día a día, con una particularidad: este había muerto al nacer. La protagonista se sorprendía a menudo contándole sus rutinas, sus preocupaciones y las noticias que le hacían sonreír. Qué curioso, pensé, mi abuela me contó una vez que su gemelo, Antonio, murió durante el parto y que nadie en la familia había sido capaz de olvidarlo.

Otro relato abordaba el caso de una joven que a sus 25 años era víctima de una rareza: nunca había estado sola en una habitación. No conocía, literalmente, la soledad. Pensé que de una forma muy parecida debían haberse sentido mi abuela y sus numerosos hermanos. Que en una casa en la que dormían todos juntos, incluso a veces con los propios padres, también debió ser difícil experimentar intimidad.

Tras el último montón de folios de la carpeta encontré, además, un papel doblado en cuatro pliegues. No había vuelta atrás. Aquella improvisada investigación me había atrapado y me tenía bien sujeta entre sus garras. Recosté la espalda en la pared y comencé a leer:

*Querida Ana.*

*Han pasado ya varios meses y no sabes lo mucho que sigo lamentando, cada día, la muerte de tu madre. No hay día en el que no piense en ti y en todo el peso que ha caído de golpe sobre tus hombros. Me parece que fue ayer la última vez que la vi, tan joven, tan risueña, tan lejos de irse, mientras nos preparaba aquellas exquisitas meriendas de pan con chocolate. Bien sé que nunca es buen momento para morir ni para que se nos mueran, pero el fallecimiento de tu madre con solo treinta y cinco años, dejando a algunos de tus hermanos siendo apenas bebés, me parte el alma como si se tratara de mi propia madre.*

*Pero no es de eso de lo que quiero hablarte, sino de otra cosa que también me entristece de manera insoportable: que hayas dejado de escribir. Comprendo que tras la pérdida de tu madre hayas tenido que hacerte cargo de tu casa y tus hermanos, pero me resulta muy doloroso que abandones una carrera tan prometedora, tan cargada de futuro. Más aún después de que te ofrecieran ese contrato editorial para publicar una novela. Recuerdo cuánto deseabas algo así y no soporto verte dejar partir el tren de tus sueños mientras tú te quedas en tierra, querida Ana.*

*Solo te pido que me prometas que, dentro de unos años, los que sean, no importa, cuando los más pequeños puedan valerse por sí mismos y antes de que tengas tus propios hijos, volverás a escribir, Ana. Uno nunca debería alejarse de esas ocupaciones en las que se siente completo*

*y yo nunca te he visto más plena y más feliz que en tus historias, que brillan como estrellas porque están hechas de ti. Te quiere, Asunción.*

¿Cómo es que nunca nadie me había contado que mi abuela era escritora? De repente, algo encajó: la magia con la que me narraba cuentos hasta que mis párpados pesaban más que las ganas de conocer el final, la ternura y el entusiasmo con el que puso en mis manos mi primera libreta mientras me decía que un día sería la escritora que los sacaría de pobres. Que lo más importante no era que escribiera, sino que encontrara mi voz. Su forma de escuchar a los demás como si tomara nota, con sus pequeños ojos siempre brillando.

Aquella tarde comprendí que mi abuela Ana, la mujer que tanto se parecía al mar, el susurro de las olas cuando se deshacen en la orilla, compartía conmigo más de lo que nunca llegué a imaginar.

Sentí como un golpe la consciencia de mi propia suerte, la ristra de privilegios nunca valorados, los de no tener que renunciar a aquella inquietud que me invadía desde que era pequeña, desde aquellos años en los que mi abuela Ana me regaló el primero de los muchos cuadernos que vendrían después. Algo vio en mí y ahora sé que me regaló mi primer cuaderno como esos deportistas que se ceden unos a otros el testigo en una carrera. Qué fortuna la mía y cómo me dejaba vencer cada vez más por la pereza, por las distracciones, ahogándome en la pantalla de un móvil que era todo lo contrario a la vida.

Porque yo no había tenido que renunciar a un sueño por trabajar ni me había visto obligada a sacar adelante a una familia en una edad prematura, por eso era por lo que podía permitirme

quejarme de una habitación poco inspiradora o tener que ayudar a mi madre en una tarde que, sin saberlo, acabaría cambiando mi vida para siempre.

Me incorporé, aun sintiendo en las tripas el baile de la perplejidad, y justo en ese momento mi madre volvió a entrar en la habitación.

— No me lo puedo creer, mamá. Estoy temblando. ¿Cómo es que nadie me ha dicho que la abuela Ana escribía? Acabo de encontrar un recorte que informa de que ganó un premio nacional literario y he leído que incluso le ofrecieron un contrato en una editorial. No puedo creer que tuviera esa inquietud, que tuviera que renunciar a todo eso por cuidar de su familia. Que tuviera todo eso dentro y jamás dijera nada.

Mi madre sonrió como se sonríe cuando uno lleva años esperando el turno para hablar.

— Bueno, hay una razón por la que hasta ahora no has sabido su gran secreto. Ella siempre lo ocultó. Durante años, incluso a sí misma. Era la única forma de superar la pena que le producía renunciar a su sueño, a lo que la removía, a esa pasión que le hacía saltar del suelo: esconderlo. Vivir como si no hubiera pasado. Incluso, habrás visto, llegó a recortar su nombre de las páginas de los periódicos.

— Entiendo, de verdad, que hacerse cargo de una familia entera en aquella época era incompatible con continuar su carrera como escritora, pero ¿por qué nunca la retomó? ¿Por qué tampoco lo hizo después, cuando sus hermanos crecieron? ¿Por qué no volvió a escribir hasta su muerte?



— Porque la vida a veces avanza sola, a su tiempo, como movida por su propio reloj. Al poco de dejar su rol como madre de sus hermanos, llegué yo y se convirtió de nuevo en madre, en esa ocasión de sus propios hijos. Y trabajó mucho para llevar esta casa en la que ahora estamos. Era otra época, Ángela, por eso te resulta tan difícil entenderlo. Pero de todo eso que dices, hay algo en lo que te equivocas: sí volvió a escribir antes de morir.

Mi madre salió del salón y escuché como sus pasos se dirigieron al que había sido el dormitorio de mi abuela durante sesenta años. Impaciente, la seguí. Al fondo del cajón de las sábanas, mi madre sacó con delicadeza un manuscrito encuadernado y lo puso en mis manos.

— Unos años antes de morir, tu abuela retomó la escritura, esa pulsión que tanto amaba y de la que tuvo que alejarse durante décadas. Solía decirme, en voz muy baja, que de niña inventaba vidas, que le costaba poner en el papel emociones que ella imaginaba que podrían haber sentido personajes que no conoció, pero que ahora, a su edad, escribir era pan comido. Para escribir hay que haber vivido y yo cumplo de sobra ese requisito, me contaba riéndose.

Sentí las lágrimas acudiendo a mis ojos. Mi abuela Ana, la que tanto se pareció al mar, seguía dándome lecciones hasta después de morir. Acababa de comprender por qué nunca me dejaba ver aquellas cuartillas en las que, decía, me escribía recetas de cocina para cuando fuera mayor. Por qué en mis desvelos nocturnos siempre adivinaba, entre sueños, el destello de una lámpara encendida.

Pero de la emoción inicial del descubrimiento pasé a la auténtica conmoción. Aquella sorpresa solo era el principio. En la portada, bajo el título *Mi historia a media luz*, leí:

*Para Ángela, para que conozca por fin mi historia. Comprenderás lo que en realidad siempre has sabido: que las cosas no se entienden, ni siquiera uno mismo puede, hasta que no se cuentan. Que escribir sana y cubre las heridas. Siempre tuve claro que, de alguna manera, tu escritura sería capaz de hacerme vivir para siempre. Te quiere, eternamente, tu abuela Ana.*

— Me hizo jurar que no te entregaría su libro hasta después de morir. Y que no lo haría hasta que tú misma descubrieras su secreto. Porque no dudaba que tarde o temprano acabarías descubriéndolo. Te conocía bien, ¿no crees?

No seguí organizando las cajas. No podía. Le prometí a mi madre que al día siguiente la acompañaría de nuevo. En ese momento necesitaba irme corriendo y sumergirme sin más dilación en la historia de mi abuela, esa que había escrito exclusivamente para mí. De ese día no solo me llevé un tema para mi relato, sino una gran lección: todo el mundo tiene detrás una historia, un sueño, un relato inspirador. La vida está llena de relatos, lo que ocurre es que un día se nos olvida abrir los cajones, limpiar el polvo de los recuerdos y sentarnos a escuchar a los abuelos.

Al año de que falleciera, comprendí que aquel 16 de abril no debí decepcionarme. Su muerte no fue diferente a como la imaginaba. Comprendí que, a aquella ira, como a todas, solo le faltaba tiempo. Pude encontrar la pieza que faltaba en el puzle de mi dolor y, cuando lo hice, desapareció.

A fin de cuentas, la vida no había seguido su mismo curso tras la muerte de mi abuela. Cuando ese movimiento suave, acompasado y firme se apagó, cuando el agua se deshizo en la orilla,

comprendí que, en realidad, la vida acababa de empezar. Solo los más listos, como mi abuela Ana, conocen la pócima de la eternidad.

Respiré, por fin, aliviada. Mi abuela seguía siendo como el mar.